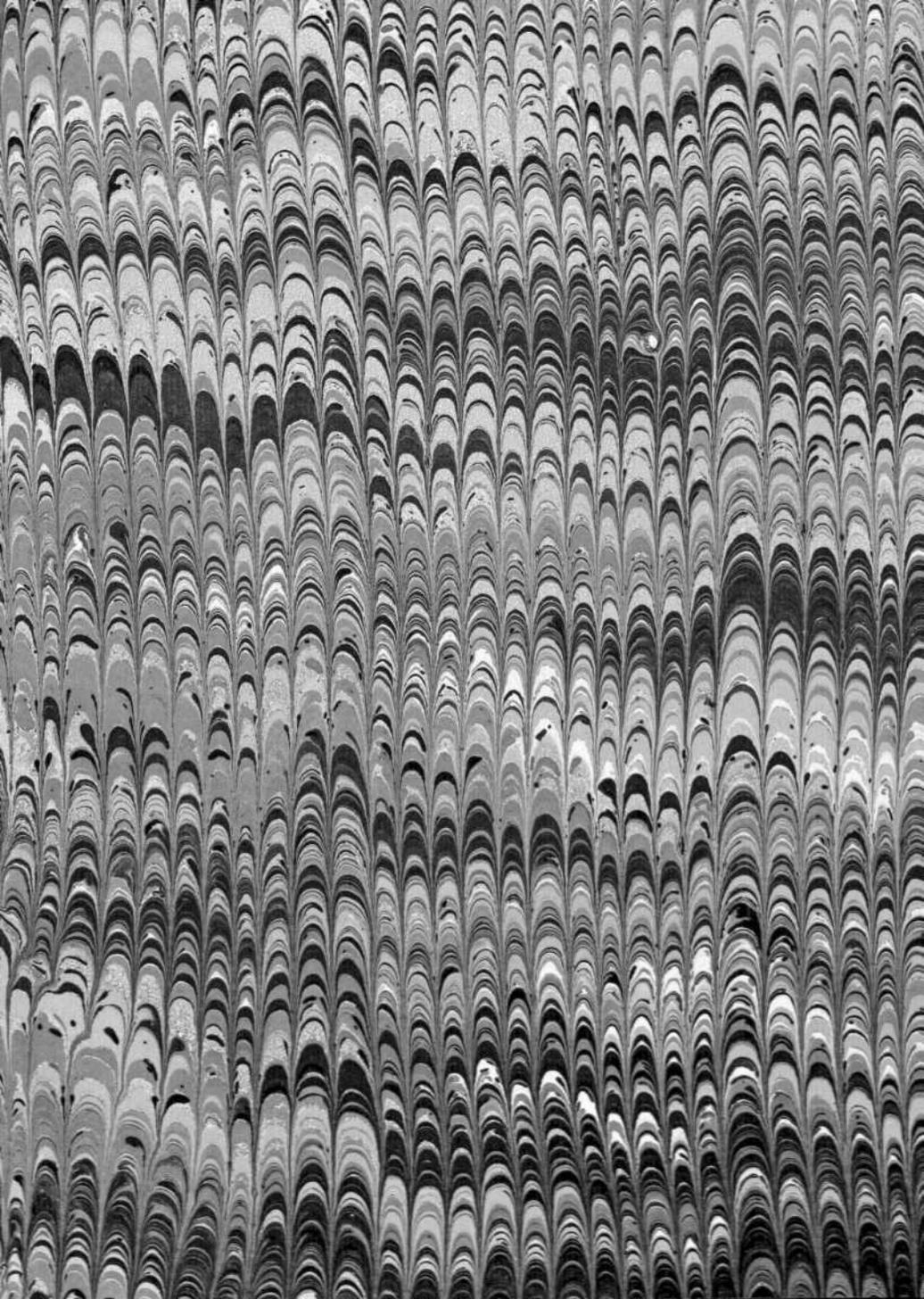
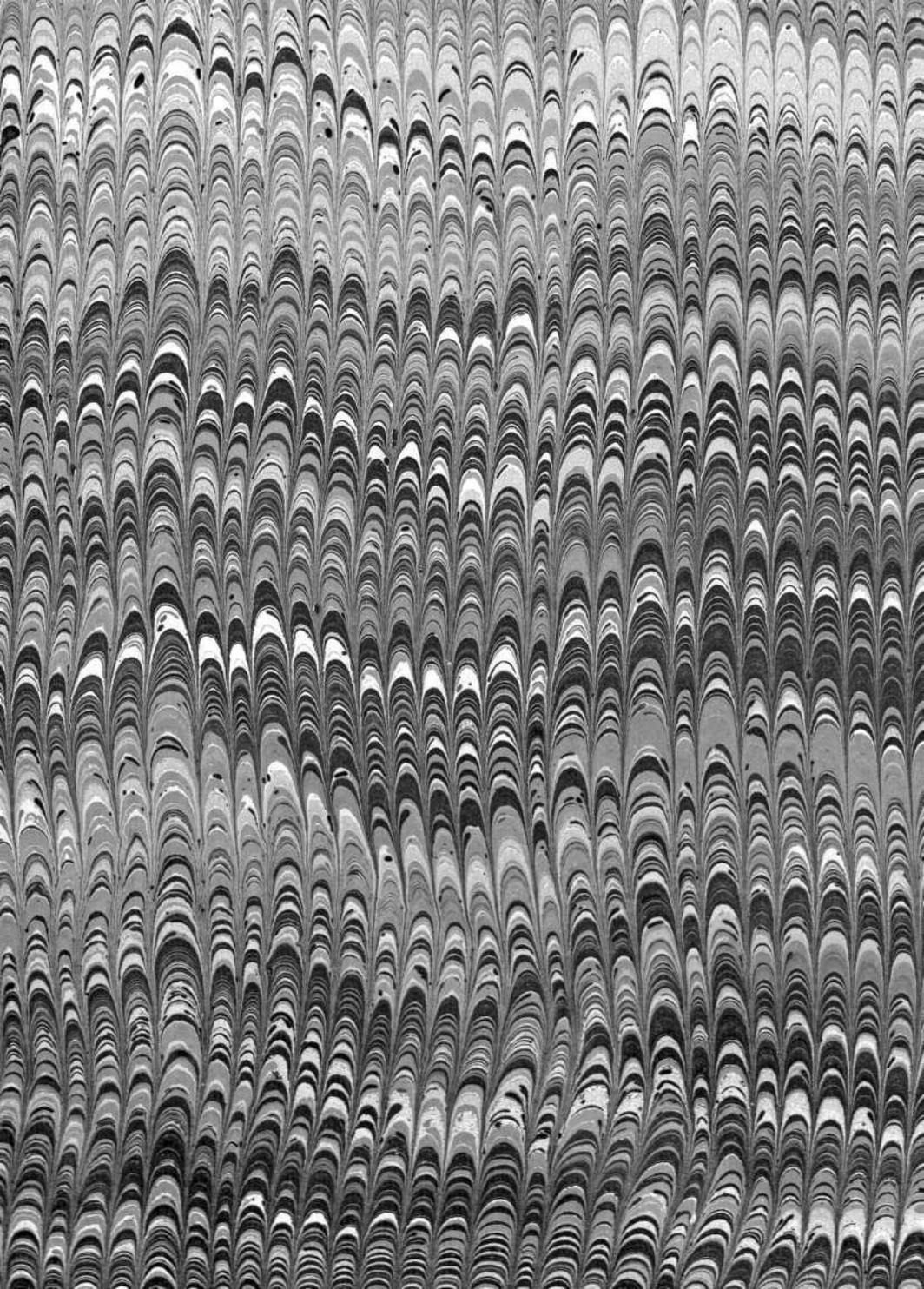
The book cover features a black spine on the left and a marbled paper body. The marbling consists of dense, vertical, wavy patterns in shades of grey, black, and white. Two black rectangular labels are pasted onto the marbled area, containing the title and author information in white, serif, all-caps text.

HISTORIA VERDADERA
DE LA MUERTE Y HECHOS
DE LOS SIETE
INFANTES DE LARA

CON LA VIDA DEL NOBLE
CABALLERO CONDE
FERNAN GONZALEZ





G-E

+1146389

R. 150839

230/1.
3-5

Plieg. 5.

HISTORIA VERDADERA
DE LA MUERTE, Y HECHOS
DE LOS SIETE
INFANTES
DE LARA,
CON LA VIDA DEL NOBLE
Caballero Conde Fernan
Gonzalez.



Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta
de Manuel Nicolás Vazquez, en
calle Genova.

A Qui comienza la Historia breve, sacada de las sumas de las Coronicas de España, de lo que hizo el noble, y esforzado Caballero el Conde Fernan Gonzalez, con gracia, y esfuerzo, que Dios le dió, el qual fae desde su niñez mui buen Caballero, è hizo muchas cosas de armas en el tiempo del Rey Don Ramiro Segundo, y el Rey Don Ordoño el Quarto, y el Rey Don Sancho el Primero; y en fin hizo Dios por él un gran Milagro, segun por su Historia veréis, Y assimilmo vâ aquí la Historia de los Nobles Caballeros, y Hermanos los siete Infantes de Lara, y como fueron muertos en batalla por los Moros en el Reino de Cordoba, en tiempo del Rey Almanzor, y esto por causa de un Tio, que se decia Ruy Velazquez. Estos Infantes fueron mui esforzados, y mataron muchos Moros; y en fin, fueron vengados por un hermano suyo, bastardo, que se llamaba Mudarra Gonzalez, que su Padre tuvo en una Mora, estando captivo en Cordoba. Y por dar principio à las cosas, ordenamos esta Historia, para que las gentes la lean, y tomen placer.

CAPITULO I.

Del Rey Don Ramiro Segundo, y de las grandes cosas, que en su tiempo acaecieron, y de como mandò sacar los ojos à su hermano Don Alonso, y tres Sobrinos suyos; y de las cosas, que en su tiempo el Conde Fernan Gonzalez hizo.

EL Rey Don Ramiro Segundo comenzó à reinar en el año de el Señor de novecientos y un años, y reinò diez y nueve años: y en el comienzo de su Reinado juntò un grande Exercito para ir sobre los Moros, y Don Alonso el Monge salió de el Monasterio, y juntò consigo toda la gente, que pudo, y fuesse para Leon, y alzòse con la Ciudad, y tornòse à llamar Rey; y luego como Don Ramiro lo supo, vino sobre él con toda la gente que tenia, para ir contra los Moros, y puso cerco, y tuvo'e dos años cercado: y al fin se la huvo de dar contra todo su gusto, y él lo mandò prender, y meter en hierros. Y

en este tiempo alzaronse en Asturias Don Alonso; Don Ordoño, y Don Ramiro, hijos del Rey Don Fruela, y alzaron por Rey à Don Alonso el Mayor, con consejo de los Asturianos. Y como el Rey Don Ramiro lo supo juntò su Exercito, y fue para Asturias, y peleò con sus Sobrinos, prendiòlos, y traxolos en hierros à Leon, y pusolos con Don Alonso su hermano. Y de alli à pocos dias mandò facar los ojos à Don Alonso, su hermano, y sus sobrinos, è hizo cerca de Leon un Monasterio, llamado Sau Julian, y mandolos poner en èl, y dar todas las cosas, que huvieslen menester, y hasta que murieron: y despues de esto el Rey Don Ramiro fue à correr la Tierra de Toledo, y puso cerco sobre Madrid; y combatieronla de tal manera, que rompiò los muros, y entròla por fuerza de armas, y haviendola saqueado, llevò cautivos à los moradores de ella, y luego entrò una gran muchedumbre de Moros à correr la Tierra de Castilla; y el Conde Fernan Gonzalez enviòlo à decir al Rey Don Ramiro, el qual juntò su Exercito, y el Conde Fernan Gonzalez juntòse con el Rey, y fueron à dar batalla à los Moros, y hallaronse en Tierra de Osina, donde los Moros fueron vencidos, y tantos de estos muertos, y presos, que no se pudieron contar. Y despues de esto, el Rey Don Ramiro se fue para Zaragoza, y el Conde Fernan Gonzalez con èl; y como el Señor de Zaragoza supo su venida, hizòse vasallo del Rey Don Ramiro, y diòles mui grandes presentes, y el Rey Don Ramiro se volvió para Leon: y como el Señor de Zaragoza supo que el Rey era vuelto en su Tierra, hizo saber todo lo pasado al Rey de Cordoba, cuyo vasallo èl era, el qual juntò gran numero de gente, y vino à correr la Tierra de Valladolid, y vino con èl Señor de Zaragoza, y como el Rey Don Ramiro lo supo, vino contra ellos, y venciólos, y murieron de los Moros ochenta mil, y fuè preso el Señor de Zaragoza, y muertos muchos con èl, y el Rey Abderramen de Cordoba escapò huyendo con hasta veinte de caballo, y metiòse en el Castillo de Albondiga, y el Rey Don Ramiro cogiò el campo, donde llevò mui grandes riquezas, y volvióse à su tierra con mucha honra. Y despues de esto, juntaronse los Moros, con consejo, y ayuda

de dos malos Caballeros, el uno Fernan Gonzalez, natural de la Tierra de Leon; y el otro Diego Nuñez, entraron con gran poder por la Ribera de Tormes, que corre por Alva, y por Salamanca, y Ledesma, y corrieron toda la Tierra, y tomaron muchos Castillos, y Lugares. Y el Rey Don Ramiro tuvo mayor sentimiento, despues que fue certificado, que sus Ricos Hombres ayudaban a los Moros à la entrada, y juntò su Exercito, y peleò con los Moros, y venciólos, y echolos de la Tierra, y prendió à Fernan Gonzalez, y Diego Nuñez, y mandòlos poner en hierros; al uno en Leon, y al otro en el Castillo de Gordon, y ruvolos assi algunos dias presos: los parientes, y amigos de los dichos Caballeros comenzaron à alborotar el Rèino, en tal manera, que el Rey los huvo de mandar soltar, con pleito omenage, que de ellos recibò, que siempre lo servirian como buenos, y leales vasallos. Y el Rèy los perdonò, por no dar lugar à la guerra, que con sus vasallos esperaba haciendo lo contrario. En este tiempo casò el Rey Don Ramiro a su hijo Don Ordoño con Doña Urraca, hija del Conde de Fernan Gonzalez.

CAPITULO II.

Como el Rey Don Ramiro, despues de haver corrido la tierra de Talavera, y muerto muchos Moros, y otros cautivado, mandò hacer tres Monasterios à servicio de Dios.

Despues de esto, deseando servir à Dios, y queriendo enseñar sus Reinos, juntò su Exercito, y fue sobre Talavera, y los Moros vinieron a socorretla, y peleò con ellos, y los venció, y mato mas de tres mil, tomò mil cautivos, y volviòse à su Tierra, y comenzò à entender en las cosas de su anima, y dar grandes limosnas, è hizo tres notables Monasterios. El uno en la Ribera de Cea à honra de San Andrés, y de San Christoval, y el otro en la Ribera de Duero à honra de nuestra Señora. El tercero en Valduerna à honor de San Miguel Archangèl.

En el quarto año del Reinado de este noble Rey Don Ramiro, el Conde Fernan Gonzalez tomò por fuerza de armas el
Casti.

Castillo de Zaragoza, que es à siete leguas de Burgos, que los Moros tenían.

CAPITULO III.

Como el Conde Fernan Gonzalez, andando tràs un puerco montès hallò una Hermita, y como un Monge de ella le dixo de la batalla, que havia de tener con el Rey Almanzor.

EN el año siguiente quiso ir à correr Tierra de Moros: y en tanto que la gente se juntaba en Lara, fue à montar à aquella parte, donde ahora es San Pedro de Arlanza: y hallò un puerco mui grande, y corriò tanto tràs èl, que se perdió de los suyos, y siguiòlo hasta que se metiò en una Hermita, tan antigua, que estava toda cubierta de yedra, y la espesura era tan grande, que no pudo entrar à caballo, y el Conde se apcò, y entrò en la Hermita, y vido estàr el puerco cerca del Altar, y el Conde maravillòse mucho de ello, y no le quiso herir, è hizo su devota oracion al Altar. Y en esta Hermita vivian tres Monges de vida mui estrecha; el uno de ellos llamado Pelayo, se vino para èl, y le preguntò quien era, y èl se lo dixo, y Frai Pelayo le rogò, que fuesse su huesped esta noche, y el Conde se lo otorgò. Y otro dia de mañana, el Monge Pelayo dixo al Conde, que se fuesse en hora buena, y tuviesse alegria, y esforzasse su gente, y fuesse cierto, que tendria gran batalla con Almanzor, y lo venceria, y tendria mucha sangre derramada, y seria tan grande su buena andanza, que por todo el Mundo sonaria: y supiesse, que havia de ser preso dos veces, y antes de tres dias veria tal señal, que no seria hombre de los suyos tan esforzado, que no tuviesse gran temor: pero dixo el Monge, tu los esforzaràs, y animaràs de tal manera, que lo perderàn. Y quando tu llegares, los hallaràs mui tristes, haciendo gran llanto, pensando, que eres muerto, ò preso. Y ruegote, que despues que huvieres el campo vencido, te acuerdes de esta compañia lacerada, que en esta montaña vivimos. Y el Conde le respondió: Frai Pelayo, si Dios de esta batalla me saca,

no perdereis el servicio , que me haveis hecho. Así el Conde se despedió del Monge, y se fue para Lara, donde halló su gente toda llorando, creyendo que è fuesse muerto, ò preso, y luego el Conde les contó todo lo que havia acontecido con el puerco, y lo que el Monge Pelayo le havia dicho, de que todos fueron mui contentos. Y otro dia de mañana, el Conde mandò salir su Exercito, y era tan poca su gente, en comparacion de los Moros, que havia cinco para uno, y trahian los Moros muchas trompetas, y añafles, y atambores, y hacian tan gran ruido, que parecia, que allí venia todo el mundo. El Conde estaba quedo con su gente bien ordenada, y un Caballero suyo puso las espuelas al caballo, y abrió se la tierra, y sumióse el Caballero, de que todos los del Exercito de el Conde quedaron mui espantados, y el Conde les dixo: Yo os ruego, que no queráis enflaquecer, ni desfamar. que pues la tierra, que es tan dura no nos puede sufrir, mucho menos nos sufrirán nuestros enemigos; y pues que todos sois Hijosdalgos, y buenos, y peleais contra los enemigos de la Santa Fè, y defensa de ella, haced vuestro deber, que mucho ha que yo esperaba este dia, y espero en Dios, que oy ganaremos la mayor honra, que tan pocos Caballeros jamàs ganamos. Y mandò luego mover las batallas, y fue à herir en los Moros, tan animadamente, que fue maravilla, y fue la batalla mui duramente herida por ambas partes; pero al fin los Moros huyeron, y el Conde, y sus gentes fueron en el lance, matando, è hiriendo tantos, que seria grave cosa de creer, y en el Real de los Moros hallò tanto oro, plata, joyas, y ropas, y armas, caballos, y mulas, que todos los del Conde quedaron desde entonces ricos. Y vencida esta batalla, envió gran presente de oro, y plata al Monge Pelayo, y mandòle, que allí hiciesse un Monasterio, el qual es aquel, que oy se llama San Pedro de Arlanza, y partiòse para Burgos, donde holgó algunos dias, y mandò curar los heridos.

En el año del Señor de novecientos y seis años, entraron los Reyes Abderramen de Cordoba, y Albenaya de Zarazoga, por tierra del Rey D. Ramiro, con mui grande exercito, y el Rey despues que lo supo, salió con su Exercito, y peleò con ellos, y los venció, y murieron en la batalla ochenta mil Moros, y fue preso

el Rey de Zaragoza, y Abderramen de Cordoba escapò huyendo. Y el Rey Don Ramiro partiò de alli con mucha honra, y grandas thesoros, y joyas muy ricas, y llevò cautivo consigo al Rey de Zaragoza.

CAPITULO IV.

Como el Conde Fernan Gonzalez enviò à desafiar al Rey Don Sancho de Navarra.

EN el año de Nuestro Señor de novecientos y ocho años, el Conde Fernan Gonzalez enviò à llamar todas las gentes de Castilla; y quando los tuvo juntos, enviò un Caballero de su casa al Rey Don Sancho de Navarra, enviandote à rogar, y requerir, que quisiese enmendar algunos agravios, que à los Castellanos tenian hechos: mandòle, que si el respondièse sin efecto de lo que pedia, lo desafiase. Y el Rey de Navarra con mal consejo, le respondiò: Amigo, decid al Conde Fernan Gonzalez, que yo le mejorarè cosa de lo que me manda, y que me marabillo de que mande estas cosas; mas creo, que lo hace con la victoria, que de los Moros tuvo. Enonces el Caballero lo desafiò de parte del Conde, y el Rey le respondiò: Decid al Conde, que fue mal aconsejado en desafiar, y que lo tengo por loco, y con esta respuesta el Caballero se volvió al Conde, y le contó todo lo que el Rey respondiera, y luego el Conde mandò llamar sus Ricos Hombres, y Caballeros, y les dixo la respuesta, que el Caballero traia.

CAPITULO QUINTO.

De la batalla, que tuvo el Conde Fernan Gonzalez con el Rey Don Sancho de Navarra, y de como le matò de un golpe de lanza, y èl quedò mal herido.

HAviendo tenido su consejo, como quiera que muchos eran de contraria opinion, el Conde determinò de hacerle guerra, y dentro de su tierra presentar la batalla, y luego juntò su

Exer:

Exercito, y fue à entrar en Navarra, y entrando quanto una jornada, como el Rey Don Sancho lo supo, salió con su Exercito muy presto, y vino para un lugar, que llamaban la Era Degollada. Y como el Conde supo la venida del Rey, salió con su Exercito, y ordenò sus hileras, y èl hizo otro tanto; y la batalla, q̄ entre ellos se diò, fue tan cruelmente por ambas partes herida, que estuvo en gran duda quien tendria la victoria; pero al fin se hallò el Conde con el Rey, y ambos à dos se dieron tales golpes con las lanzas, que cayeron en tierra; pero la herida del Rey fue tan grande, que luego murió, y el Conde quedó mal herido: pero luego fue socorrido de los suyos, puesto en un caballo, y luego el Conde esforzó los suyos, rogandoles procurasen vencer, que su herida no era mortal. Y ellos lo hicieron de tal manera, que los Navarros dexaron el campo, y fueron muchos muertos, y presos, y el Conde mandò llevar muy honradamente el cuerpo del Rey Don Sancho de Navarra.

CAPITULO SEXTO.

De la batalla, que tuvo el Conde Fernan Gonzalez con los Condes de Tolosa, y Poyriers, y como matò al Conde de Tolosa.

Muerto el Rey D. Sancho, los Condes de Tolosa, y de Poyriers llegaron con gran Exercito, que venian para ayudar al Rey; y quando supieron su muerte, tuvieron de ello muy gran pesar, y embiaron à decir al Conde Fernan Gonzalez, que querian tener batalla con èl; y como esto oyò, mandò aparejar toda su gente para darles batalla, de lo qual sus Caballeros fueron mal contentos, assi por la vida trabajosa, que tenia, como por ver al Conde mal herido. Y acordaron, que un Caballero llamado Nuño Laynez, de parte de todos le dixesse, en quanto peligro ponía su persona, y Estado en querer dar batalla, estando tan gravemente herido, y teniendo sus gentes tan cansadas, y fatigadas, y le pedian por merced que quisièssè curar de sí, y de los suyos. El Conde respondió: D. Nuño, bien dicho es lo que decís; pero yo conozco bien los Franceses, y si nosotros venimos cansados, yo he

embiado à decir à los Moros, que echassen aquella hora el ganado, ellos no vienen holgados, y soi cierto, que si mas esperamos, que tenga gente, que venga en su ayuda, q̄ por ventura no los podremos sufrir, y quiero mas pelear luego con ellos, y esperar la ventura, que Dios querrà darnos, que atender el poder de los Franceses; por donde decid à los Caballeros, que se esfuerzen, tengan placer, y se apresten, como dellos espero. q̄ tal qual estoi, quiero dar luego la batalla. Y oida la respuesta del Conde, acordaron todos aquellos ser lo mejor. Y luego juntò su Exercito, y se fue para el lugar donde estaban los Condes de Tolosa, y de Poytiers con todos los de Navarra: los Castellanos fueron en mui grande peligro à un passo de un rio, que le defendian los Franceses, y Navarros; pero con todo esto, se esforzaron tanto, que pasaron el agua à pesar de todos ellos. Y como fueron pasados, el Conde Fernan Gonzalez ordenò sus hileras, y fue à herir en sus enemigos, y la batalla fue por ambas partes mucho peleada, tanto, que estuvo gran pieza en peso; pero al fin el Conde Fernan Gonzalez esforzò mucho à los suyos, y andaba dando voces por la batalla, llamando al Conde de Tolosa, que viniesse à pelear con èl; y como el Conde lo oyò, vinòse para èl, apartandose de los suyos, y dieronse ambos à dos de las lanzas, y el Conde de Tolosa fue de tal manera encontrado, que luego cayò muerto en tierra, y los suyos fueron huyendo, y en el alcance fueron de los suyos presos trecientos Caballeros. Y desde que el Conde Fernan Gonzalez hubo arrancado el campo, por su mano desarmò al Conde de Tolosa, y mandòle cubrir de un rico paño de oro, y llevòlo consigo, è hizòlo poner en un arahud mui ricamente guarnecido, y mandò soltar à todos los prisioneros, y diòles moneda para su camino, y tomòles la fee, que no se partiesen del Conde, hasta ponerlo en su tierra.



CAPITULO SEPTIMO.

De como el Rey Almanzor apellidò los Moros de Africa para venir à España contra el Conde Fernan Gonzalez.

EN el año del Señor de novecientos y diez años, Almanzor, aquel que el Conde Fernan Gonzalez havia vencido, pasó al Africa y apellidò todos los Moros, y Turcos, rogandoles, que quisiessen passar à España, por ayudarle à vengar la injuria, que el Conde Fernan Gonzalez le havia hecho, y juntò gran poder, y pasó con ellos à España. El Conde Fernan Gonzalez despues que supo su venida, hizo llamamiento general por toda Castilla, y juntò su gente en Piedrahita, y de alli se partió secretamente con dos de à caballo, y se fue à San Pedro de Arlanza, por hablar al Monge Fray Pelayo, que le havia dicho todo lo que le havia acaecido, y le hallò muerto, de que tuvo gran pesar, y entrò en la Iglesia, y con gran devocion vertió muchas lagrymas, suplicando à nuestro Señor quisiese librar à Castilla del poder de los enemigos de la Santa Fè: y estando en esta oracion, durmiòse, y apareciósele el Monge Pelayo, y dixole: Duermes, Fernan Gonzalez? Levantate, y vete à gran priessa para tu gente, que Dios te ha otorgado quanto le de mandate. Sabe, que venceràs à Almanzor, à todo su poder; aunque perderàs gran parte de tu compañía. Y aun te digo mas, que nuestro Señor enviarà en tu ayuda al Apostol Sant-Iago, y à mi con muchos Angeles, y aparecerèmonos todos en la batalla con armas blancas, y cada uno traerà la Cruz en su Pendon; y con esta vision el Conde despertò mui alegre, y oyò una voz, que le dixo: Levantate apríessa, y vete tu via, y no dè treguas, ni paz à los Moros, y haz de toda la gente tres partes, y entraràs tu con los menos de parte de Oriente, y ferè yo contigo; y la segunda à la parte de Occidente, y ài ferà Sant-Iago, y à la tercera ferà Millàn; y sabe, que te digo esto de parte de Dios, si assi lo hicieres, sè cierto, que venceràs, y sabe, que durarà esta batalla tres dias; y con esto se partió el Conde consolado, y fuesse para Piedrahita, donde hallò su gente

en gran turbacion, porque no sabian, què fuesse de èl, el qual dixo donde venia, y todo lo que le havia acaecido, con que todos faeron alegres. Y alli el Conde les habló, mostrandoles quanto les convenia ser buenos, pues en ello les iba la vida, y la honra, que mucho mejor les seria la muerte, que consentir se prender. Y ordenò, que qualquiera que à prision se diessè fuesse tenido por traidor; y fuesse toda la gente, que el Conde alli tenia, quinientos de acaballo, y quince mil peones. Y en este dia estuvieron en sus tiendas, aderezando cada uno lo que havia menester. Y otro dia, antes que amaneciesse, havíendose todos confesado, y oido Missa, salieron al campo, y el Conde ordenò sus hileras, en la forma, que S. Millàn le mandò; y los Moros otro sí. Y la batalla se comenzò, la qual durò tres dias, que se pudieron vencer, en el qual tiempo murieron muchos de los Moros, y pocos de los Christianos. Y al tercero dia el Conde Fernan Gonzalez, como quiera que estava herido, y mui cansado de los dias passados, esforzò muchos los suyos, y peleando asì como valiente Caballero, hallòse en la batalla con un Rey Moro, el mayor Principe, que entre ellos venia, y lo matò: y como los Moros vieron aquel Rey muerto, comenzaron à pelear mas valientemente, entonces los Christianos se vieron en gran de peligro. El Conde andando peleando oyò una voz, que dixo: Conde, no desfayes, que grande ayuda te viene; y el alzando los ojos, viò cerca de sí al Apostol Sant-Iago, con mui grande compañía de gente de armas cruzados: y quando los Moros lo vieron venir contra sí fueron mui espantados: los Christianos se esforzaron tanto, que los Moros comenzaron à herir, y los Christianos los siguieron, y mataron, y prendieron tantos, que fuè cosa maravillosa, y durò el alcance tres dias. Y despues que el Conde volviò al campo donde la batalla acaeciò, eran tantos los muertos, que no era cosa de creer, y los suyos àcordaron de apartir los Christianos, para llevarlos à enterrar à sus tierras, y el Conde les dixo, que era cosa mui difícil de hacer, y que les rogaba, que todos se entraßen en aquella Hermita de San Pedro de Arlanza, donde èl entendia, y todos tuvieron por bien de hacer lo que el Conde decia: y asì lo pusieron por obra, y de allí se partieron para sus tierras ricos, y mui honrados, y el

Conde se fue para Burgos, donde posò algunos dias.

CAPITULO OCTAVO.

Que trata de la muerte del Rey Don Ramiro.

Despues de estas cosas acabadas por este noble Rey D. Ramiro, y muchas mas, de que su Chronica hace mencion, fue en Komeria à San Salvador de Oviedo, y adolesciò, y mandose llevar à Leon, y alli despues de haver recibido los Sacramentos con grande devocion, diò el alma à nuestro Señor el dia de la Epiphania del año del Señor de novecientos y veinte.

CAPITULO NUEVE.

Del Rey Don Ordoño el Tercero de este nombre.

Muerto el Rey Don Ramiro, reinò su hijo Don Ordoño, que era casado con Doña Urraca, hija de el Conde Fernan Gonzalez, y comenzò à reinar en el año de el Señor de novecientos y veinte años, y reinò cinco años, y seis meses. Entonces el Infante Don Sancho, su hermano, que su Padre le havia tenido en la Reina Doña Teresa, hermana del Rey Don Garcia de Navarra, fuese para Pamplona, por tener ayuda del Rey su Tio, y del Conde Fernan Gonzalez, para tener el Reino de Leon, y ambos à dos se la prometieron, y fueron por sus personas con grande Exercito, para ayudarle, y llegar hasta la Ciudad de Leon. Y Don Ordoño defendiò bien su Tierra, y ellos se volvieron, sin hacerlo que quisieron, à esta causa el Rey Don Ordoño dexò à su muger, la hija del Conde Fernan Gonzalez. En este tiempo, se levantaron los Gallegos contra el Rey Don Ordoño, el qual fue contra ellos, è hizolos cruel guerra, y matò muchos dellòs, y metiòlos debaxo de su Señorio como primero estaban. Y à poco tiempo despues hubo discordia entre el Rey Don Ordoño, y el Conde: y como los Moros lo supieron, vinieron sobre San Estevan de Gormaz, y corrieron la tierra hasta Burgos, y el Rey, y el Conde se acordaron, y

el Conde fue con la Caballeria del Rey , y con la suya , y peleò con ellos , y venciólos , y matò , y rindiò muchos de ellos. En este tiempo el Rey juntò grande Exercito para correr la tierra de Moros , y llegando à Zamora , adoleció de tan grave enfermedad , que murió , y fue llevado à Leon , y sepultado en el Monasterio de San Salvador.

CAPITULO DIEZ.

Del Rey Don Ordoño Quarto de este nombre , llamado el Malo.

DOn Ordoño el Malo , comenzó à reinar despues de Don Ordoño el Tercero , en el año del Señor de novecientos y veinte y un años. Reinò cinco años , fue hombre cobarde , y meniguado , tuvo guerra con Don Sancho , y mataronlo los Moros cerca de Cordoba , donde huyó el Rey Don Sancho.

CAPITULO ONCE.

Del Rey Don Sancho el Primero , llamado el Gordo ; y de la prision del Conde Fernán Gonzalez , y del concierto con el Rey Don Garcia.

Comenzò à reinar el Rey Don Sancho en el año de el Señor de novecientos y veinte y cinco años , y reinò doce años. En el segundo año de su reinado hizo sus Cortes en Leon , y envió à llamar al Conde Fernan Gonzalez , que fuesse à ellas. Y como quiera que le pesò , huvo de ir , y el Rey , y toda su Corte lo salieron à recibir , y se holgaron mucho con su venida , salvo la Reina , que lo defamaba mucho. Y el Conde llevaba ende un Azor mudado , mui bueno , y un singular Caballo , que havia ganado en la batalla del Rey Almanzor. Y el Rey se pagò tanto de aquel Caballo , y del Azor , que rogò al Conde que se los vendiesse. El Conde le respondió , que no se los venderia , mas que se sirviesse de ellos. El Rey le dixo , que no los tomaria , salvo comprados , y que le daría por el Caballo , y por el Azor mil

marcos de plata, ò lo que valiesse, segun la moneda de entonces, y pusieron dia señalado à que el Conde huviesse de ser pagado; y si no lo pagasse en aquel tiempo, que cada dia que se pasasse se doblasse el precio: y sobre esto hicieron firme escriptura, sellada de ambos a dos, y partida por A. B. C. Y de alli la Reina habló con el Conde, que le haria dar por muger à su sobrieta, hija del Rey Don Garcia de Navarra, lo qual dixo por engañarlo. Y alli el Conde se partió para Castilla con este concierto, y el Conde escribió luego al Rey de Navarra, pidiendole por merced le enviasse à decir, donde mandaba que se viesse para hablar en este casamiento. Y la Reina tenia ya tratado con el Rey de Navarra, que lo prendiesse, y acortasse la vida, y que fuesse con cada cinco Caballeros, y no mas: el Conde fue assi, y el Rey traxo treinta y cinco Caballeros bien armados; y quando el Conde lo vido assi venir, conociò la maldad, y fué à una Hermita, pensando poderse defender, donde se defendió hasta que fue noche, y despues dióse à prision, con seguro de la vida, que el Rey le dió, è hizo alli nuestro Señor un gran milagro, que sonó una voz en el aire, y de subito se abrió la Hermita por medio, y el Altar que en ella estaba, y de alla llevó el Rey Don Garcia al Conde preso, y lo mandò poner en hierros, y forzó à los Caballeros, los quales se fueron muy desconfiados para Castilla.

CAPITULO DOCE.

De como un Conde Normando yendo à Sant-Iago, supo la prision del Conde Fernan Gonzalez, y como le fue à ver, y à causa suya fue librado.

Estando assi preso el Conde Fernan Gonzalez, acaeciò, que un Conde Normando vino en Romeria à Sant-Iago, y oyò decir de la prision de el Conde Fernan Gonzalez. Y por la gran fama de su bondad, tuvo deseo de verle; y sabido como estaba en Castro Viejo, el Conde Normando tomó su viage para allà; y llegando à el Castillo dióle tales dadas al Alcaide, y rogòle tanto, que le dexò ver al Conde Fernan Gonzalez. Y despues que

que los Condes huvieron gran rato hablado, el Conde Normando se apartò, y se fue para donde el Rey de Navarra estava: y trabajò de ver à la Infanta, à la qual en secreto dixo, como a causa suya se perdia uno de los mejores Caballeros del Mundo, y que no solamente este daño por ella se seguia, mas Castilla se perderia, y ganarla havian los Moros, en lo qual haria tan grande servicio à Dios, quanto ella veia, y por todo el Mundo seria vituperado: y si ella librasse al Conde Fernan Gonzalez, que ganaria gran corona, qual muger de España nunca ganaria; y tantas cosas le dixo el Conde Normando, que ella deliberò de sacarlo de la prision, siendo certificada, que casaria con èl; para lo qual tomò una Dueña suya, de quien mucho fiaba, y enviòla con gran secreto al Conde Fernan Gonzalez, enviandole à decir, que si la daba fee de casarte con ella, que lo sacaria de prision. Oida esta embaxada el Conde, fue mui alegre, y diòla fee en la fee, que le fue demandada, y la Infanta lo vino à ver, y allí le demandò omenage, que sacandole de la prision, casaria con ella, y èl lo hizo luego, y la Infanta le dixo: Señor, venid conmigo, que yo tengo aparejado para llevaros. Y luego que fue anocheciendo, el Conde, y la Infanta salieron del Castillo, y tomaron su via para Castilla; y como fueron ya desviados gran trecho del Castillo dexaron el camino Francès, y metieronse en el monte, y anduvieron quanto pudieron aquella noche; y porque el Conde no podia andar con los hierros, la Infanta lo llevó acuestas un gran trecho: y despues que fue de dia, metieronse en lo mas aspero del monte, y estuvieron assi escondidos, hasta que un Arcipreste, que andaba por allí à caza, los hallò, al qual rogaron mucho no los descubriessè, y le hicieron muchas promessas. El mal hombre dixo, que en todo caso los descubriria, salvo si el Conde le diessè lugar en tener à la Infanta à su placer, lo qual al Conde le pareciò mas grave de cumplir, que la muerte; y como la Infanta viesse, que por ruego, ni promessa no podia escapar, dixo al Conde: Señor, por salvar la vida, toda cosa es de hacer; y rogò al Conde, que se apartasse, y ella romò al Arcipreste por la mano, y como el Arcipreste la quiso abrazar, la Infanta lo travò de tal manera, que le tuvo los brazos, y en esto el Conde llegó à gran prisa, y sacò un cuchillo,

que

que el Arcipreste tenia , y alli lo tomò , y le matò; y muerto el Arcipreste, montaron en su mula el Conde , y la Infanta , y tomaron su via , y llevaron consigo el Azor.

CAPITULO TRECE.

Del Consejo , que los Castellanos tuvieron para librar al Conde Fernan Gonzalez su Señor , y como lo librò la Infanta Doña Sancha.

YA havia un año, que el Conde estaba preso, los Castellanos havian tenido muchos consejos, en como pudiesen sacar a su Señor de prision, y nunca se havian concordado. Y en este tiempo estaban todos juntos con intencion de morir, ò sacarlo, y los consejos eran diversos; los unos decian una cosa, y los otros otra. Entre aquestos estaba un Caballero, llamado Nuño Laynez, el qual dixo: Señores, para esto poner en obra, à mí me parece, que nosotros debemos hacer una estatua de piedra, à la manera de el Conde nuestro Señor, y ponerla en un carro, y besarle la mano por Señor, y que todos hagamos omenage de nunca le desamparar, hasta que hayamos al Conde nuestro Señor, y todos le recibamos muerte en esta empresa; y el que volviere sin él à Castilla, que muera muerte de traidor. Y de este consejo pareció à todos, y puso se todo así por obra, y partieron todos los Caballeros de Castilla con toda la gente de à pie, que pudieron llevar, dexando recaudo en las fortalezas, continuaron su camino para Navarra, y passaron el Alarzon, y otro dia à Montefdoca, y otro dia fueron à Velforado, y otro dia de mañana, quanto una legua de alli, el Conde, y la Infanta que venian, y como oyeron el estruendo de tanta gente, tuvieron gran miedo, pensando que fuesse gente de Navarra que los buscasse. Y el Conde alzò los ojos, y mirò, y conociò su Bandera, y puso se muy alegre, porque creyò, que sus vassallos lo iban à buscar. Y entonces dixo à la Infanta, que tuviesse placer, que todos eran suyos, y la besarian la mano por Señora, y el Conde envió un mancebo, que en el camino se le havia llegado, à decir à los Castellanos, como el Conde venia sano, y alegre, y tra-

trahia consigo à la Infanta Doña Sancha. Con esta nueva, quien podria decir la alegría, que los Castellanos tuvieron en ver a su Señor. Y desde allí se fueron à Velforado, donde honraron al Conde, y desde allí se partieron para Burgos, donde se hicieron las bodas del Conde, y la Infanta mui ricamente, y con mui grandes alegrías.

CAPITULO CATORCE.

De como el Rey Don Garcia de Navarra vino con grande Exercito à hacer guerra en Castilla, y como salió à él el Conde Fernan Gonzalez.

Desde allí à poco tiempo el Rey D. Garcia de Navarra juntò su Exercito, y vino a correr à Castilla; y como el Conde Fernan Gonzalez supò su venida, llamò sus gentes, y salió de Burgos, y tomò el camino de Navarra, y huvieron batalla mui cruenta, que durò desde la mañana hasta el medio dia, en que murieron muchos de ambas partes; y los Castellanos se iban venciendo, y el Conde lo esforzò quanto pudo; y andando peleando en la batalla, el Conde llamò al Rey Don Garcia, que se quiesse con él dar de lanza, el qual vino para él, y el Conde le hirió de tal manera, que cayò del caballo, y fue preso; y despues que los Navarros lo supieron, dexaron el campo, y los Castellanos los siguiéron, matando, y prendiendo muchos dellos, y el Conde se volvió à Burgos mui honrado, y traxo consigo à Don Garcia, y pusolo en prision, en la qual estuvo tres meses.

CAPITULO QUINCE.

De como la Infanta Doña Sancha trabajò tanto con el Conde Fernan Gonzalez, que librò à su Padre.

LA Condesa Doña Sancha trabajaba quanto podia por sacar à su Padre de prision, y el Conde no se lo queria dar. Y al fin los Castellanos le suplicaron tanto, que lo diesse à la Condesa, su hija, que el Conde lo tuvo por bien, y lo mandò sacar de la prision.

prision, è hizole muchos servicios, y mandòle dar caballos, y mulas, y vestir todos quantos con èl havian sido presos, y enviòlos à Navarra. Y el Rey de Navarra despues que fue de Castilla, hizo Cortes, y deliberò venir à hacer guerra al Conde Fernan Gonzalez: y en este tiempo vinieron los Moros à cercar à León, y el Rey D. Sancho enviò à rogar al Conde, que le fuesse à ayudar, y fue con la gente, que consigo tenia, y mandò, que todos fuesen en pòs de èl. Y quando los Moros supieron su venida, levantaron el cerco, fueronse para Sant-lago, comenzaron à correr la tierra, y el Conde tomò su gente, y no quiso llevar gente de Leon, y fuesse para Sahagun, de lo qual los Leoneses tuvieron gran enojo, y recibieronlo por injusticia: y como los Moros fueron certificados, que el Conde iba, levantaronse de alli con mui gran pressa, que de gentes, y ganados llevaban. Y el Conde fue en pòs de ellos, y quitòles la pressa, matò, y prendiò de ellos, y mandò volver la pressa à sus dueños, y el Conde con su gente se volviò à Leon para el Rey; y como los Leoneses eran descontentos del Conde, porque no los havia llevado consigo, tuvieron ruido entre ellos, y la cosa llegò à tal manera, y punto, que se huviera de perder todo, salvo por el Rey Don Sancho, que los apaciguò, y entonces el Conde se volviò à Castilla.

CAPITULO DIEZ Y SEIS.

De como el Conde Fernan Gonzalez enviò al Rey Don Garcia de Navarra, le hiciesse enmienda de el daño, que le havia hecho.

EN tanto que el Conde estava en Leon, el Rey de Navarra entrò en Castilla, y corrió la tierra, y llevò de ella mui gran pressa, y despues que el Conde vino de Leon, y lo supo juntò sus gentes, y luego enviò à decir al Rey de Navarra, que le hiciesse enmienda del daño, que le havia hecho en su tierra, donde no, que lo desafiaba. El Rey respondió, que no lo enmendaria en cosa alguna, antes lo vendria à buscar: y oida esta respuesta, el Conde fue àzia Navarra con su Exercito, y como el Rey estava apercebido, salióle al encuentro, y se hallaron en un valle, que se llama

maba Valpatri, en la ribera de Ebro, y tuvieron alli su batalla en que fue vencido el Rey de Navarra, y mucha de su gente muerta, y presa. En este tiempo estuvo el Conde dos años, que no fue à las Cortes de Leon: entonces envió el Conde sus cartas al Rey diciendole, que le mandasse pagar lo que le debia de la compra que le hizo del caballo, y del Azor. El Rey le respondió, que no estaban los maravedises cogidos, que los mandarie recoger, y se los enviaria. Los mensageros se fueron con esta respuesta, de la qual se holgò mucho el Conde, y pasaron bien tres años de plazo, que el Rey havia de pagar, y pujò tanto la deuda, segun la postura, que toda España no la podia pagar.

CAPITULO DIEZ Y SIETE.

De como el Rey Don Sancho de Leon embió à mandar al Conde Fernan Gonzalez, que fuesse à las Cortes de Leon.

Despues de esto, el Rey Don Sancho de Leon envió à decir al Conde, que fuesse à las Cortes de Leon, ò le dexasse el Condado, y luego que el Conde oyò esta embaxada, envió à llamar à todos los Ricos Hombres, y Caballeros de Castilla; y dixòles la embaxada, que el Rey les havia enviado, y demandòles consejo de lo que debía hacer: y como quiera que los mas eran de acuerdo, que el Conde no fuesse à las Cortes, el Conde deliberò de ir, y les dixo: Parientes, y amigos, y leales vassallos, yo no soi hombre, que hago cosa que mal me estè; y si yo aora dexasse de ir à las Cortes, pareceria, que me levantaba con el Condado, y quitaba la obediencia, que al Rey debo, y por esto yo delibero de ir, aunque estoi bien cierto, que no puedo escapar de ser muerto, ò preso; pero mas contento soi de sufrir lo que venga, que hacer cosa fea, ni contra mi honor, y vosotros como buenos, y leales poned recado en la tierra. Y assi el Conde se partiò para Leon con solos siete Caballeros, ninguno lo salió à recibir, lo qual el Conde tuvo por mala señal. Y el Conde se fue à Palacio por besar la mano al Rey, y el Rey no se la quito dar, y dixòle: Retiraos allà, Conde, que mucho estais ufano, por las batallas que haveis havido: tres años ha que no venisteis à mis Cortes, y os haveis alzado con el Condado, deveis por ello ser preso, y despues de

esto me habeis hecho muchos deservicios, y enojos. El Conde le respondió: Señor, no plega à Dios, que yo me alcance con la tierra, ni vengo de tal Lugar para hacer tan gran deslealtad: y por cierto, señor, siempre os servi lealmente à todo mi poder. Y si dexè de venir, señor, à vuestras Cortes, fue porque la otra vez que à ellas vine fui maltratado de los Caballeros Leoneses. Y, Señor, si yo me alzara con la tierra, aun no ficiera tanto sin guisa, que me teneis mi hacer por fuerza. Y el Rey fue de esto enojado, y le mandò prender, y poner en hierros.

CAPITULO DIEZ Y OCHO.

Del consejo, que la Condesa Doña Sancha tuvo con los Grandes de Castilla para deliberacion del Conde Fernan Gonzalez su marido.

Quando los Castellanos supieron la prission del Conde, hicieron mui grande llanto, y la Condesa pensò morir, y estuvo en tierra grande espacio amortecida; pero como era dueña de grande corazon, y amaba sobradamente à su marido, enviò por los Grandes de Castilla, para tener consejo à la deliberacion de el Conde, en lo qual tuvo grande diversidad: y ella determinò fingir, que iba en Romeria à Sant-Iago, y llevò consigo dos dueñas en abito de Romeras, y dos Caballeros ancianos, y quinientos de à caballo mui bien armados, y encavalgados, los quales hicieron omenage de sacar à su Señor de la prission, ò morir en la demanda, y partieron todos con la Condesa de noche, y anduvieron siempre por los montes mui desnudos, hasta que llegaron à Mansilla, y apartaronse de Somoza, y hallaron un monte mui espeso, y alli todos se pusieron lo mas encubiertamente, que pudieron, y la Condesa los dexò alli, y se fue à Leon como Romera, con las dos Dueñas, y dos Caballeros, y enviò à decir à el Rey, como ella iba à Sant-Iago, y que le querra hacer reverencia. El Rey la salió à recibir una legua mui honradamente: y hecha al Rey la reverencia, ella le suplicò, que le diese licencia de ver à su marido, y el se lo otorgò, y despues que la Condesa hubo estado grande rato con el Conde, la Condesa enviò à suplicar al Rey, porque aquella

noche mandasse sacar à su marido de los hierros, y el Rey se lo otorgò. Y assi se holgaron el Conde, y la Condesa, y dieron orden en su salida: y mandaron tres horas antes, que amaneciese, el Conde, y la Condesa se levantaron, y la Condesa vistió al Conde sus ropas, tocòlo, y rebozòlo mui bien, llegaron ambos à la puerta, y la Condesa habló al Portero, rogandole, que la abriese, porque no perdiessè jornada: y como quiera, que el Portero dudasse en abrir, ella le hizo tales promessas, que la abrió, y el Conde salió, y la Condesa se escondió, demanera, que no pudo verla el Portero: y assi el Conde salió, y se fue para un portal donde la Condesa le dixo, que hallaria un caballo, y los dos Caballeros que le estaban esperando, y el Conde cavalgò, y saliendo de la Villa lo mas encubiertamente que pudieron, y fueronse à mas andar al monte, donde los Castellanos estaban, y de alli se partieron para Castilla.

CAPITULO DIEZ Y NUEVE.

Del enojo que el Rey Don Sancho tuvo despues, que supo la deliberação del Conde Fernan Gonzalez.

Quando el Rey supo la soltura del Conde, y el arte con que se havia soltado hubo tan gran enojo, como si perdiera el Reino, y fue luego à hablar con la Condesa, queixandose mucho de ella, por el engaño, que le havia hecho. Ella le respondió, q̄ su merced no tuviesse por mal lo que havia hecho, que la razon la obligaba à hacerlo assi, y que su merced quando bien pensasse, hallaria, que ella por lo hecho era mas digna de galardón, que de pena; pero que en su poder estaba, que hiciesse de ella lo que quisiesse, que ya no le podia venir cosa, por grave que fuesse, porque se arrepintiesse de lo hecho. Y despues que el Rey oyò las cosas, que la Condesa le dixo, respondió assi: Condesa, por cierto este cargo es mio, por el mal recado, que puse en el Conde vuestro marido, que cierto vos haveis hecho como mui noble dueña, y queda para satisfacer de vos gran renombre por esta cosa tan hazañosa; que vos hicisteis. Y mandò entonces à Caballeros de su Corte mucho honrados, que fuesen con ella, y la

llevasen à Castilla mui honradamente al Conde su marido; y, así se hizo: y el Conde les recibió mui bien, y dióles mui grandes dones, y así los Leoneses se volvieron para el Rey mui contentos del Conde.

CAPITULO VEINTE.

Como el Conde Fernan Gonzalez despues que se vido libre en Castilla, envió à demandar al Rey Don Sancho el haber, que le debía del Azor, y del caballo.

Despues que el Conde se vió en Castilla, envió à demandar al Rey D. Sancho el haber que le debiera del Azor, y del caballo, q̄ le havia vendido, y el Rey no le respondió como quisiera el Conde, mandò llamar à todas sus gentes, y entrò por el Reino de Leon, quemando, y robando quanto hallaba. Entonces el Rey, envió su Mayordomo con mucho haber, y mandòle, que hiciesse cuenta con el Conde, y que le pagasse lo que le debía, y requiriesse al Conde, que tornasse todo lo que havia robado de su tierra; y quando vinieron à la cuenta, hallaron la suma ser tan grande, que toda España no la pudiera pagar, y así el Mayordomo se hubo de tornar con mal recaudo. Y el Rey llamó à sus Ricos Hombres, y Caballeros, y tenido su consejo, acordaron, que se le debía dar el Condado franco, y quierò para èl, y para los que de èl viniessen, porque le diesse quieto del haber que le debía; así salió Castilla de la sujecion del Rey de Leon. En este tiempo hubo gran guerra entre los Gallegos, y el Rey Don Sancho fue para Galicia, è hizo gran justicia de los culpados, y algunos corrió hasta la ribera de Duero. Y el Conde Don Gonzalo, que era Señor de la Ciudad de Duero, como supo la venida del Rey, juntò mucha gente pensando vencerlo: y como supo que estaba mui poderoso, vino è àzia el Rey, è hizòse mucho suyo. El Rey lo recibió mui bien, y èl hizo omenage de siempre servirle lealmente, y darle cada año cierto tributo por aquella tierra, mostrandose mucho ser su fervidor: y traia una manzana envenenada, y la dió al Rey, como la comió sintió el mal de la muerte, y conoció de donde le venia, y mandòse llevar à Leon, y de allí à tres dias murió

riò en el camino , y fue sepultado en el Monasterio de San Salvador de Leon cerca de su Padre.

CAPITULO VEINTE Y UNO.

*Del Rey Don Ramiro , tercero hijo del Rey Don Sancho el Gordo,
y como los Normandos con gran Flota descendieron en Galicia.*

Muerto el Rey D. Sancho, reinò Don Ramiro su hijo, y comenzó en el año del Señor de novecientos y treinta y siete años, y reinò veinte y cinco años, el qual hizo paces con los Moros, con condicion, que no ayudaria al Conde Fernan Gonzalez contra ellos, y los Moros juntaron tan grandes gentes, que el Conde no pudo salir à ellos, y tomaron entonces los Moros, las Villas de Simancas, y Dueñas, y Sepulveda, y Gormaz. Y andando tres años del reinado de el Rey Don Ramiro, mui gran gente de Normandos, con mui gran Flota descendieron en Galicia, y robaron la tierra, è hicieron en ella grandes males; ya que se iban à recoger à los Navios, el Conde D. Gonzalo Sanchez de Galicia salio à ellos con gran poder, y peleò con ellos, y desbaratòlos, y matò, y prendiò muchos de ellos, y quemò la Flota toda, y de tantos no quedò quien pudiese llevar las nuevas, salvo los que quedaron presos.

CAPITULO VEINTE Y DOS.

De como el Conde Fernan Gonzalez juntò su Exercito, y fue à correr, à tierra de Moros, y prendiò, y matò muchos de ellos, y volvióse para Burgos, donde murió.

EN este tiempo el Conde Fernan Gonzalez juntò mui grande Exercito, y fue à correr tierra de Moros, matò, y prendiò muchos de ellos, y volvióse à Burgos rico, y con gran honra, y como ya estaba mui quebrantado de los grandes trabajos de armas, que havia havido, adoleció allí, y murió en el año del Señor de novecientos y quarenta, y fue mucho llorado por Castilla y quedò

por Señor de ella el Conde Garci Fernandez su hijo. Este Rey, Don Ramiro hizo paz con los Moros, por consejo de su Madre, porque le diessen el Cuerpo de San Pelayo, que havian en Cordoba martyrizado. Y mandòle traer honorablemente, y poner en el Monasterio de San Salvador de Leon; y en tiempo de este Rey, Don Ramiro, casò en Burgos Doña Lambra con Ruy Velazquez por cuya causa murieron los siete Infantes de Lara; y con ellos Nuño Salido, su Ayo, y otros muchos Caballeros de Castilla, y despues los vengò un hermano suyo bastardo, llamado Mudarra Gonzalez, que tuvo su Padre Gonzalo Baltos en una Mora estando cautivo en Cordoba, el qual matò a Ruy Velazquez, y quemò a Doña Lambra. Este Conde Garci Fernandez, fue muy buen Caballero, acrecentò mucho los Caballeros de Galicia, que alzaron por Rey en la Iglesia de Sant-Iago a Don Bermudo, hijo del Rey Don Ordoño Tercero. Y quando lo supo el Rey D. Ramiro juntò su Exercito, y fue contra él, y hallaronse en un Lugar, que se llamaban Portillo de Arenas, y tuvieron su batalla: en que murió mucha gente de ambas partes, y ninguno tuvo la victoria, y cada uno de ellos se tornò a su tierra con perdida de mucha gente, y durò la guerra entre ellos dos años. En este tiempo un Rey Moro, llamado Alcoraxi, entrò por Portugal, y corrió toda la Tierra hasta Sant-Iago, y puso sitio sobre la Ciudad. Nuestro Señor mostrò alli tan gran Milagro, que cayò enfermedad sobre los Moros, y los mas de ellos, y su Rey murieron, y perdieron quanto traian, y los que escaparon de la enfermedad, murieron a manos de los Christianos, que apenas hubo quien llevase las nuevas a su tierra, y no dice la Chronica, donde, ni como murió este Rey.

*AQUI COMIENZA LA HISTORIA, Y MUERTE DE LOS NOBLES,
Caballeros, y hermanos, los siete Infantes de Lara.*

EN el quarto año del reinado del Rey Don Bermudo, que fue en el año de la Encarnacion de nuestro Señor Jesu Christo de doscientos setenta y cinco, casò un alto hombre de la Casa de Lara, que tenia nombre Rui Velazquez, con una noble Dueña, que decian Doña Lambra, muger de gran juicio, y de natural

Viguena, prima hermana del Conde Garci Fernandez. Este Rui Velazquez era Señor de grande Estado, y mucha guisa, y hermano de una Dueña, que decian Doña Sancha, esta estaba casada con un Caballero mui honrado, y mui leal, que tenia por nombre Gonzalo Buitos, el qual era Señor de Salas. Y huvieron entrambos marido, y muger siete hijos, à los quales llamaban los siete Infantes de Lara. Estos siete Infantes criò un Caballero que havia nombrado Don Nuño Salido, y mostrales todas buenas costumbres, y crianza, segun a grandes Caballeros convenia, y despues hizolos à todos siete Caballeros en un dia el Conde Garci Fernandez su Tio: y a este Rui Velazquez quando casò con Doña Lambra, hizo sus bodas en la Ciudad de Burgos, y vinieron alli de Castilla, y de Leon, y de Portugal, y de Norueña, y de Estremadura, y de Gascuña, de Aragon, y de Navarra, todos sus amigos, y otras gentes muchas. En estas bodas fue Gonzalo Buitos con su muger Doña Sancha, y con sus siete hijos los Infantes, y con Don Nuño Salido, el Ayo, que los criaba. Estas bodas fueron cinco semanas, y fueron hechas grandes alegrías además: Y el Conde Garci Fernandez, y Ruy Velazquez, y todos los otros hombres que alli eran dieron en estas bodas sus haberes, y sus dones mui honradamente. Una semana antes, que las bodas se acabassen, mandò Ruy Velazquez alzar un tablado en la ribera junto al Rio: Los Caballeros vinieron à lancear aquel tablado; pero nunca ninguno de ellos pudo alcanzar su fo, y otros los bofordaban, y un Caballero, primo hermano de Doña Lambra, que havia nombre Alvar Sanchez, quando vido, que ningun Caballero pudo quebrantar el tablado, ni ferir en èl, cavalgò en su caballo, y fue à lancear el tablado, y diò mui grande golpe encima de las tablas del tablado: Doña Lambra, que estava mirando los Caballeros que bofordaban, quando viò el golpe, que Alvar Sanchez diò en el tablado, fue mui alegre, y dixo ante su cuñada Doña Sancha, que estava alli con sus hijos todos siete: ved ahora, que Caballero tan esforzado es Alvar Sanchez, que de quantos Caballeros alli havia, ninguno pudo alcanzar, ni pudo dàr encima del tablado sino èl. Doña Sancha, y sus hijos, quando es-

to oyeron decir, tomaronse à reir : Mas como estaban los siete Infantes asfaborados en un juego , que jugaban , no se acordò ninguno de ellos de lo que dixo Doña Lambra , sino Gonzalo Gomez el menor , y mejor de ellos. Y este demandò por su caballo , y tomò un bofordo en la mano , y fuefle al tablado à hurtos de sus hermanos, y no llevò consigo sino un Escudero que llevaba un Azor en la mano, y luego , que Gonzalo Gomez llegó al tablado , lanzò un bofordo , y diò un tan gran golpe , en el tablado , que quebrò una de las tablas de enmedio , y Don Sancha , y sus hijos tuvieron gran placer de el golpe , que diò Gonzalo Gomez , mas pesò mucho à Doña Lambra ; los hijos de Doña Sancha cavalgaron entonces en sus caballos , y fueronse para su hermano Gonzalo Gomez que le temieron , que les vinieste por ello alguna enojo por aquella razon. Alvar Sanchez con pesar de lo que hizo Gonzalo Gomez , comenzò à decir sus palabras con ufania , asfi que le huvò de responder à ellas Gonzalo Gomez , y con el pesar que tuvo de aquello que le decia Alvar Sanchez , dexòse ir à èl , y le hizo una tan grande herida en el rostro , que le quebrò los dientes , y las quixadas , y algunos dicen , que cayò muerto del caballo en tierra. Doña Lambra quando aquello viò , comenzò à dar mui grandes voces , diciendo asfi : Que nunca dueña fuera tan deshonorada à sus bodas como ella. Ruy Velazquez su marido , quando aquello viò , cavalgò con su caballo , y tomò una asta en la mano , y se fue para los siete Infantes , asfi como llegó à ellos , diò una gran herida con aquella asta à Gonzalo Gomez encima de la cabeza ; y quando Gonzalo Gomez se viò tan mal herido , dixo à su Tio Ruy Velazquez: Nunca yo os mercei , porque vos tan gran herida me diestes como esta ; bien cuido , que foi ende muerto , pero ruego yo aqui à mis hermanos , que si yo muriere , que no os lo demanden : tanto yo ruego , que no me hieras otra vez ; que no os lo podria sufrir. Ruy Velazquez con el pesar que tuvo de aquellas palabras , quisole herir otra vez con el astil por encima de la cabeza , mas no le acertò , sino en el hombro , y quebrantò el astil en èl , è hizole pedazos. Don Gonzalo Gomez tomò entonces el azor al Escudero , que no trahia otra ar-

ma; y dió con él, y con el puño à vueltas à Ruy Velazquez una tan grande herida, que todo se lo deshizo en el rostro, y saliòle luego la sangre por la boca, y por las narices; y quando Ruy Velazquez se viò tan mal hecido, comenzò à comer voces, y decir armas, armas; los suyos parientes, y los sus amigos de Ruy Velazquez fueron alli llegados, los Infantes, otro sí, con los suyos de su bando, que eran hasta trescientos Caballeros, quando aquello vieron, llegaronse todos à un lugar, que bien sabian, que à mal venia aquel pleyto, si Dios no lo remediasse, mas el Conde Garcí Fernandez de Castilla, y Gonzalo Bustos, el Padre de los Infantes, quando aquello vieron, fueron allà, y pusieron paz entre ellos, en manera, que no hubo ende otro mal alguno, y quedaron todos amigos unos de otros. Y Gonzalo Bustos dixo entonces à Ruy Velazquez: Don Ruy Velazquez, habeis mucho menester à los Caballeros, y vos teneis el mayor prez de armas, que otro Caballero, que sea ahora, así de los Moros, como de los Christianos, por ende os han ahora grande invidia, y por donde tenia yo por bien, que os sirviessen mis hijos, y os guardassen, y que vos hagades do guisa, que valgan para vos mas. Ruy Velazquez le dixo, que le placia con ellos, que les haria toda la honra, que él pudiesse, como à sus sobrinos. Y despues que todo esto fue librado, y las bodas acabadas, salieronse de Burgos el Conde Garcí Fernandez, y Gonzalo Bustos, fueron con Ruy Velazquez, y otros muchos Caballeros. Y otro sí, Doña Lambra, y su cuñada, y los siete Infantes, y Don Nuño Salido, su Ayo, fueron à Burgos con Doña Lambra en su compañía, y fueronse à Babardillo. Los Infantes por hacer à su cuñada Doña Lambra placer, fueronse por la ribera de Arlanzor, cazando con sus aves, y despues que llegaron los siete Infantes à Babardillo, entraron en una huerta, que alli havia à holgar: y Gonzalo Gomez comenzò entonces à bañar su azor, y Doña Lambra quando lo viò, que lo defamaba mucho de corazon, dixo à un hombre: Toma ahora un colombro, è hinchelo de sangre, y vete para la huerta, y dà con él à Gonzalo Gomez, aquel Caballero, que tiene azor en la mano, y vente para

mi, que yo te defenderè. El hizolo assi como Doña Lambra lo demandò: y los hermanos quando vieron assi à su hermano lleno de sangre pesòles de corazon, y huvieron su acuerdo de vengar aquel hecho, y dixeron: Tomemos ahora nuestras espadas con nuestros mantos, y vamos contra aquel peon; y si vieremos, que nos entiende, y no ha miedo, entenderèmos que lo hizo con locura; mas si huyere contra Doña Lambra, y ella lo socorriere, entenderèmos, que fue por su consejo; y si por ventura assi fuere, no se nos escape à vida. Y despues que este consejo fue tomado, fueronse para el Palacio; y quando el hombre los viò, huyò, y acogiòse à Doña Lambra, y los Infantes dixeron entonces: Cuñada, no os entremetades solamente en no os amparar este hombre. Y ella les dixo: Nunca mi vasallo es; y si alguna cosa os hizo, que no debiesse, emendaroslo puedo, y aconsejoos, que mientras èl fuere en mi poder, que no le hagais mal ninguno. Los siete Infantes, quando aquello vieron, fueron mucho bravamente contra ella, y mataronle aquel hombre delante, y de la sangre, que caia de las heridas, que le daban, untaronle las tocas y los paños de Doña Lambra, y despues que los Infantes huvieron muerto aquel, cavalgaron en sus caballos, y tomaron à su Madre Doña Sancha, y fueronse para Salas, y Doña Lambra mandò entonces poner un lecho en el corral en medio de èl, cubierto de paños de muerto, è hizo alli mui gran duelo con todas sus Doncellas, llorando mandose muchas vegeadas viudas, desamparadas de marido, y de señor.

Despues que el Conde Fernan Gonzalez hubo andado por la tierra en rededor de Burgos, tornòse para la Ciudad de Burgos, y entonces se despidieron de èl Ruy Velazquez, y Gonzalo Bustos, y se fueron para Babardillo, donde tenian sus mugeres, yendo por la carrera, dixeronles, de como acaeciera el hecho de los Infantes con Doña Lambra. Don Rodrigo, y D. Gonzalo quando lo oyeron, pesòle mucho de corazon, y partieron de alli ambos, y el uno se fue para Babardillo, y el otro para Salas. Doña Lambra quando viò à Don Rodrigo, fue à èl toda rasgada, y pidiòle, que le pesasse mucho de la deshonra, que sus sobrinos

le havian hecho. Don Rodrigo le dixo: Doña Sancha ; nõ os de cuidado, que yo os darè de esto tal derecho , que todo el mundo haya de contar. Don Rodrigo no quiso esto retardar , y enviò luego à D.Gonzalo Bustos, que vinièssè à èl, que tenia mucho que hablar con èl. Gonzalo Bustos vino con sus siete hijos, y tuvieron su habla, sobre la deshonra, que los siete Infantes hicieron à Doña Lambra, y pusieron alli su amor unos con otros, y los siete Infantes se metieron entonces en medio de D.Rodrigo, diciendole, que catasse èl, por quien se levantàra aquel hecho, y que hiciesse lo que por bien tuviesse, y fuesse derecho. Don Rodrigo comenzòles entonces à hablar, y asegurar con sus buenas palabras, porque no se cataffen de èl. Don Rodrigo dixo entonces à Gonzalo Bustos: Cuñado , estas bodas que yo aora hice , costaronme mucho, y el Conde Garcí Fernandez no me ayudò, asì como debiera, y yo cuidaba. Vos sabedes , como el Rey Almanzor me prometìò grande ayuda para ello, por lo que os ruego, que vayais à èl con mis cartas, y me lo saludes de mi parte, y vos decirle hedes la gran costa que yo hice en mis bodas, que havia mucho menester de su ayuda que yo sè mui bien , que èl os darà grande haber. Gonzalo Bustos le dixo: Don Rodrigo, mucho me place de hacer vuestro ruego. Ruy Velazquez partiòse luego à un Palacio con un Moro ladino, è hizo dos cartas en Arabigo, y decian asì: A vos Almanzor, de mi Ruy Velazquez, salud. Hagoos saber, que sus hijos de este Gonzalo Bustos de Salas, que a vos esta carta darà, que deshonraron mal à mi, y à mi muger, porque no puedo acà vengarme de ellos en tierra de Christianos, os los envio yo por donde este su Padre, que le hagais luego descabezar, y yo sacarè mi Exercito, y llevarè conmigo à sus siete hijos, è irè à pezar con ellos à Almenara, y vos envid ende à Aliara, y a Galve con vuestro Exercito, y los meterè en su poder a mis sobrinos los siete Infantes, y descabezarlos luego: que si vos estos huvieredes muerto, luego tendreis vos la tierra de los Christianos a vuestra voluntad, que estos os son los mas contrarios Caballeros, que todos los otros, que aì ay, y en que mas esfuerzo halla el Conde Garcí Fernandez. Despues que la carta huvo hecho, descabezò luego al Moro el dicho Ruy Velazquez, porque no le descubrièssè, y diò la carta à Gonzalo de Bustos, y

dixole: Cuñado, despedios luego de Doña Sancha mi hermana; y vuestra mager, è idos para Cordoba, que tiempo sera, è hizolo así, no entendiendo mal ninguno. Y luego que llegó a Cordoba, diò la carta al Rey Almanzor, dixole así: Almanzor, saludavos mucho vuestro amigo Ruy Velázquez, y os envia à rogar, que le enviéis respuesta de lo que en esta carta os envia à decir. El Rey Almanzor leyò la carta, y quando viò la enemiga, que Ruy Velázquez tenia con Gonzalo de Bustos, y con sus hijos los siete Infantes, rompiò la carta, y dixo a Gonzalo Bustos: Què carta es esta, que traes aqui? El le dixo: Señor Almanzor, no lo sè. Almanzor le dixo: Sepas, que Ruy Velázquez me envia à decir en estas cartas, que te delcabece luego; mas yo no lo quiero hacer: pero te he de mandar poner en la carcel. Entonces mandò a una Mora honrada, que lo sirviesse, y lo guardasse: y así fue, que andando el tiempo se huvieron de enamorar ambos, Gonzalo Bustos de la Mora, y la Mora de èl, y tuvieron ambos un hijo, que saliò despues buen Caballero, y mui esforzado, que llamaron Mudarra Gonzalez; y Mudarra Gonzalez vengò despues a su Padre, y sus hermanos los siete Infantes, de la traicion, que Ruy Velázquez les urdiò, por donde fueron muertos.

Despues que Ruy Velázquez huvo enviado à Gonzalo Bustos à Cordoba, habiò con sus sobrinos los siete Infantes, y dixoles: Tengo por bien, que mientras vuestro Padre es ido à Cordoba al Rey Almanzor, de hacer una corrida hasta Almenara, y vos tuvieredes por bien de ir conmigo, placermè ha ir con vosotros, sino finca en la tierra, y guardadla. Ellos le dixeron: Don Rodrigo, no se me hará agasajo de vos ir en Exercito, y nos fincar en la tierra. Y èl les dixo: Guaid vos, è id conmigo. Entonces embiò à decir Ruy Velázquez por toda la tierra, que todos los que quiesseen ir con èl en compañía, que se previniesseen, y viniessen para èl: las gentes quando oyeron decir, que Ruy Velázquez queria ir en su cõpañia, fueron mui alegres, y vinieronse muchos para èl, porque este Ruy Velázquez era mucho aventurado siempre en los Exercitos, que hacia. Ruy Velázquez quando viò las gentes muchas, además enviò à decir à sus sobrinos, que faciesen en pos de èl, que èl los atenderia en la Vega de Fe-

bro, y salió luego de Babardillo con aquellas gentes, que tenía à mano, y fuéle así. Los siete Infantes otro si juntaronle muy bien, y fueronse en pos de él, y quando llegaron à un pinar que allí estaba en la carrera, cataron por agujeros, y vieron malas aves. Don Nuño Salido tuvo muy gran pesar, y por los agujeros, que vió malos, les dixo à los siete Infantes, que tornasen à Salas, que no les hacía menester de ir delante, Gonzalo Gomez el menor de los siete Infantes, le dixo: Don Nuño Salido, no dices nada, los agujeros no se entienden por nos, sino por aquel que hace la hueste, y yo por menor de todos; mas vos que sois ya viejo, y no sois para batalla, volved, que todavía nos ir queremos con nuestro Tio Ruy Velazquez. Nuño Salido, dixo: Hijos bien os digo la verdad, que me pesa mucho de corazón, porque esta carrera queréis hacer; que tales agujeros vi yo ahora, porque nunca tornaremos à nuestros Lugares. Gonzalo Gomez le dixo: Nuño Salido, callad vos de esta razón, y no habéis mas, que no os creemos de cosa, que así digáis. Nuño Salido les dixo: Pesame mucho, porque no me creéis ahora, que bien sé, que nunca jamás nos veremos, y despidome de vos ahora. Entonces se tornó Don Nuño Salido, los siete Infantes fueronse su via. Don Nuño Salido, yendose así para su camino pensó que hacía grande maldad en dexar así aquellos que tan largamente criara, por miedo de la muerte, y dixo: Mas guisado es que vaya donde quiera que la muerte pueda emprender, que no aquellos, que son mancebos para vivir; quanto mas, que quando Ruy Velazquez tornasse à la tierra, me matará por ello; y aun sin esto todos dirán, que yo les bastecería la muerte, y por mi consejo murieran; esto sería para mi mala fama, en ser honrado en la mancebia, y ahora ser deshonorado en mi vejez. Así como todo esto pensó, tornóse para los siete Infantes, sus criados. Quando los siete Infantes llegaron à Febros, talihóles à recibir Ruy Velazquez su Tio: y preguntoles luego por Don Nuño Salido, y ellos contaronle todo, como acaeciera sobre los agujeros. Y Ruy Velazquez quando lo oyó, pesóle mucho; pero dixoles con falsas, y engañosas palabras: Sobrinos, estos agujeros, que visteis muchos son buenos, que nos dan à entender, que ganaremos grande algo, y de lo nuestro no

perderemos nada, è hizolo mal D. Nuño Salido, que no vino con vos; y mande Dios que se arrepienta de ello; y en esto llegò Don Nuño Salido, y los Infantes quando lo vieron, tuvieron mui gran placer, y lo recibieron mui bien: Ruy Velazquez le dixo: Nuño Salido, siempre fuisteis mi contrario, y aun lo sabeis: quiera Dios, que haya de vos algun derecho. Nuño Salido le dixo: Don Rodrigo, yo nunca anduve con falsedad, sino siempre con verdad, y por ende digo: qualquiera, que dixere, los agujeros que nos vimos, que son buenos para ganar: Digo que miente como avefoso, y que no dixo en esto verdad, mas porque tiene ya la traicion aconsejada, dixo esto. Esto decia èl, porque sabia de Ruy Velazquez lo dixera. Ruy Velazquez quando vido, que contra èl dixera Nuño Salido aquello, tuvofe por deshonorado, y dixo contra sus vasallos: En mal dia vos doi Soldados, ò asi me deshonro Nuño Salido, y no me dais derecho de èl. Quando esto oyò un Caballero, que se decia Gonzalo Sanchez, tomò una espada, y fue mui aína para dar con ella a Nuño Salido; y Gonzalo Gomez, que era el menor de los Infantes, quando aquello viò, fue para el Caballero, y con un puñal que tenia en la cinta diòle una puñalada en el rostro, que diò con èl en tierra à los pies de Ruy Velazquez, y aun dicen lo matò. Ruy Velazquez, quando esto viò, diò voces à sus Caballeros, y dixo: Armas, armas, que se queri vengar de sus sobrinos, si pudiese. Los siete Infantes, y D. Nuño Salido con ellos, apartaronse à un Lugar con doscientos Caballeros, que tenian, que bien entendieron, q̄ tenia Ruy Velazquez gana de matarse con ellos. Los Infantes estando asi apartados, hicieron sus haces los unos contra los otros, y dixo Gonzalo Gomez à Ruy Velazquez, què es esto? què quereis? à què nos facesteis de la tierra para ir contra los Moros, y aora quereis que nos matemos los unos con los otros: cierramente no lo tengo por bien; pero si vos teneis alguna querrela de nos, la hemos de emendar, asi como vos tuvieredes por bien. Ruy Velazquez, despues que viò, que no podia hacer mas, ni cumplir su voluntad, como èl queria, dixo, que decia mui bien, y que le placia mucho de ello.

Despues que todos fueron avenidos, y metidos en amor; movieron de alli, y fueronse para Almenara, y D. Rodrigo metiò:

tióse en celada con todos los suyos, y mandò à los siete Infantes, que faessen à correr el campo. Don Rodrigo havia ya enviado à decir à los Moros, que echassen à aquella hora el ganado, los siete Infantes, por hacer aquello, que Ruy Velazquez les mandara, dixoles su Ayo Nuño Salido: Hijos, no querais ir à tomar ganancias, que no os son provechosas, que un poco mas queredes atender, muchos Moros, y mas ganados veredes: Ellos en esta estando, vieron assomar mas de diez mil entre señas, y pendones. Gonzalo Gomez dixo entonces à Ruy Velazquez: Don Rodrigo, que señas son aquellas, que allí assoman? Ruy Velazquez le dixo: No tengais miedo, que yo corri este campo ya otras veces, y llevè de aqui grandes robos, y grandes ganancias, y nunca hallè Moro que me lo estorvasse: Aquellos Moros, quando lo saben, vienen alli hasta con sus pendones, y sus gentes, assi como ahora veis: y por ende vos digo, que no tengais miedo ninguno, y corred el campo bien, hasta donde quisiereis, que si menester fuere, lo que soi cierto que no terà, porque vosotros sois tan grandes Caballeros, yo vos socorrerè. Todas estas palabras, que Ruy Velazquez decia, eran con engaño, y falsedad, que en su corazon tenia Ruy Velazquez. Despues que esto hubo dicho, fuele à ver con los Moros à hurto de sus sobrinos los Infantes, y dixoles, que procurassen por lidiar con los siete Infantes, que no tenían consigo, sino doscientos Caballeros, que los ayudassen, y procurassen en todas maneras, como los mataassen, à todos. Nuño Salido fue junto de Ruy Velazquez, porque lo viò ir à los Moros, y quando oyò aquello decir, comenzó à meter voces, y comenzó à decir: Ha traidor, hombre malo, como vas, traidor, à vender tus sobrinos los siete Infantes, y à mi, y à estos Caballeros à los enemigos de nuestra Santa Fè? Dios te dè por ellos mal galardón, que por quanto el Mundo darare hablaràn de esta gran falsedad, y traicion que has cometido, y puesto en obra: luego que esto hubo dicho Nuño Salido, tornose à mas andar à sus criados los siete Infantes, y dixoles: Hijos, armaos aprisa, que vuestro tío Ruy Velazquez, y los Moros todos son de un

consejo para vos matar. Los Infantes quando esto oyeron, armaronse lo mas apriesa que pudieton ellos, y toda su gente, y los Moros como eran muchos, ademàs hicieronse quinze hilas, y fueronse contra los siete Infantes, y cercaronlos en rededor todos. Nuño Salido comenzòles entonçes à esforzar, diciendoles: Hijos, fícadvos, y no temais, que los agujeros que os dixen, que eran malos, no lo son, antes son buenos, que nos dan à entender, que venceremos, y ganaremos algo de nuestros enemigos, ya os digo, que quiero luego ir aquella faz primera, que de aqui adelante os encomendarè à Dios: y luego que esto dixo, fue à pelear con los Moros, y matò muchos; mas los Moros como eran muchos, cercaronlo los unos, y los otros, y mataronlo; y tanto recio lidiaron alli los Christianos, que mataron muchos ademàs; pero al cabo de los Christianos murieron los doscientos Caballeros de los siete Infantes, assi que no quedaron sino los siete hermanos solos: ellos quando vieron que no tenian sino morir, entonces encomendaronse à Dios, y al Apostol Sant Iago, y fueron à herir à los Moros, y tan de recio los acometieron, y à tantos mataron, que ningun Moro se les oßaba parar delante, empero tantos eran los Moros, y ellos tan pocos, que no se podian ya defender. Y Fernan Gonzalez uno de los siete Infantes, dixo à sus hermanos: Hermanos, esforcemonos quanto pudieremos, y lidiemos todos de corazon, que ya no tenemos à otro à quien nos tornar, ni quien nos ayude, sino solo Dios, pues que nuestro amo Nuño Salido, y nuestros Caballeros havemos perdido, conviene que los vengamos, ò que aqui muramos todos con ellos; y si por ventura cansaremos, alcemosnos aqui en esta cabeza, hasta que holguemos, y descansemos. Entonces acometieron de cabo à los Moros, y de tan recio lidiaron, que mataron muchos Moros, pero al cabo andando todos revueltos, mataron en la prissa à Fernan Gonzalez, uno de los Infantes, despues que fueron cansados, salieron à essa hora de entre los Moros, y alzaronse à donde dixeran, y limpiaron sus caras de polvo, que era muy grande, y del sudor; y quando no vieron à su hermano

Fernan' Gonzalez tuvieron tan grande pesar, porque no sabian si era muerto, ò cautivo.

Estando así todos seis Infantes, tuvieron su acuerdo de enviar à pedir treguas à Aliata, y à Galbe, que Boballas le llamaba, los quales eran Caudillos de los Moros, hasta que hablasten con Ruy Velazquez, y los Moros dierontelas, y Gonzalo Gomez el menor, fue à donde estaba Ruy Velazquez, su Tio, y dixole, como los tenian los Moros en gran aprieto, y de como les havian los Moros muerto à Don Nuño Salido, su Ayo, y à Fernan Gonzalez su hermano, y a los doscientos Caballeros, que si le parecia les fuesse a socorrer el, como se lo havia prometido, Ruy Velazquez les dixo: Sobrino, id vos a la buena ventura como cuidades vos, que havia olvidado la deshonra, que me hicisteis en Burgos, quando matasteis a Alvar Sanchez, y la que hicisteis à mi muger Doña Lambra; quando matasteis al hombre delante, y la muerte del Caballero, que matasteis en Febros: Sobrinos, buenos Caballeros sois, procurad ampararos quanto pudieredes, que en mí ya no podeis tener ayuda ninguna. Gonzalo Gomez quando esto oyò, fue en busca de sus hermanos, y dixoles todo lo que havia dicho Ruy Velazquez. Ellos estando muy entristecidos, por ser así solos, metió Dios en el corazon a algunos de los Christianos, que estaban con Ruy Velazquez, que los viniesen a ayudar, y morir con ellos, y partieronse de la guerra, hasta mil Caballeros, y ellos yendose para ayudar a los siete Infantes, fue luego Ruy Velazquez en busca de ellos, è hizolos tornar, diciendo así: Amigos, dexad vos a mis sobrinos, muestrense a lidiar, que si menester fuere, yo los irè à ayudar. Mas empero luego que llegaron al Exercito, salieron de ellos à huirto de Don Rodrigo, dos a dos, y tres à tres, lo mejor que ellos podian, que fueron hasta trescientos Caballeros, y fueronse a donde vieron los Infantes, y quando lo vieron los Infantes, fueron muy alegrés, y fueron à herir en los Moros de recio, que mataron luego de aquella vez mas de dos mil Moros; mas empero al cabo, como los Moros eran tantos, mataron los trescientos Caballeros, que havian ve-

nido por ayudar a los Infantes, y los Infantes estaban ya tan cansados, que no podian ya mandar las manos como havian peleado desde la mañana hasta la hora de Vísperas: y como los Moros los vieron así solos, y tan cansados, mandaron tocar los añales, y tambores, y vinieron sobre todos seis hermanos, tan espesos como lluvia quando cae, así se volvió alla, hacienda, como de Cabo, y tan esforzadamente lidiaron allí aquellos seis Infantes, que antes que ninguno de ellos muriesse, mataron dos mil y setenta Moros, y como quiera que todos seis hermanos anduviesse bien, y mucho esforzados, no lo podian ya sufrir; pero Gonzalo Gomez, el menor de ellos, este hacia los grandes hechos, y mayor mortandad en los Moros, que otro ninguno: pero ya en todo esto no trahian armas: con que lidiar: que las lanzas eran quebradas, y las espadas tan rotas, que ya no cortaban nada. Los Moros quando vieron, que comenzaban a afloxar, cercaronlo al rededor, y les mataron luego los caballos, y prendieronlos a ellos, y descabezaronlos uno a uno, así como nacieron. Gonzalo Gomez, el menor, quando vió a sus hermanos muertos, que quedó a la postre, con la gran lastima que tuvo en su corazón dexose ir al Moro, que los descabezaba, y dióle una tan gran puñalada en la garganta, q̄ luego cayó muerto en tierra, y tomóle la espada de la mano, y mató con ellas mas de veinte Moros de aquellos que estaban a él rededor de él; mas los Moros quando esto vieron, tornaronlo a cercar, prendieronlo, y le quitaron la cabeza. Y despues que todos fueron muertos, así como diximos, despidióse Ruy Velazquez de los Moros, tornóse a vivir en su Lugar, y los Moros se fueron para Cordoba, y llevaron las cabezas de los siete Infantes, y la de Nuño, su Ayo con ellas.

Aliatà, y Bobalias se partieron de Almenàra, donde fue la batalla, y luego que llegaron a Cordoba, se fueron derechos para Almanzor, y presentaronle las siete cabezas de los siete Infantes, y la de Nuño Salido. Almanzor mandólas luego tomar, y lavar con agua de aquella sangre, que trahian de sí, y mandólas poner en una sabana blanca en medio de su Palacio: despues que esto fué hecho, fue Almanzor a la carcel, donde estaba Gon-

zalo

zalo Bustos, y díxole: Gonzalo; yo envié mi Exército a tierra de Christianos, y tuvieron batalla con ellos, y fueron vencidos los Christianos, y traxeronme agora siete cabezas, y una de un hombre de gran edad: quierote sacar fuera, por ver si las podrás conocer: esto le decia él, como si no supiese cuyas eran. Gonzalo Bustos le dixo: Si yo las veo, dicitte he cuyas son, y de qué Lugar, que no hai Caballero en Castilla, que yo no conozca bien. Almanzor mandóle sacar, y mostrándole las cabezas, quando Gonzalo Bustos vió las cabezas, y las conoció, cayó en tierra como muerto; y despues que tornó en sí, dixo a Almanzor, llorando mucho de los ojos: estas cabezas, yo conozco, que son las de mis hijos los siete Infantes de Lara, y esta otra de Nuño Salido, su Ayo, que los crió. Gonzalo Bustos, dichas estas palabras llorando, hacia el mayor duelo del Mundo por sus hijos, y recomtaba allí todos los buenos hechos, que cada uno de ellos hiciera. Despues desto, con gran desconuelo, que havia en su corazon fue a tomar una espada, que estaba en el Palacio del Rey colgada, y mató con ella ante Almanzor siete Moros; esto sin que lo mandasse matar: los Moros quando vieron aquello, alieron de él luego, y no le dexaron hacer mas. Gonzalo Bustos rogó entouces a Almanzor, que lo mandasse matar, diciendo, que más quería morir, que no vivir con tal lastima. Almanzor con el gran duelo que huvo de él, mandó, que ninguno le hiciesse mal. Gonzalo Bustos estando assi en su quebranto, haciendo su duelo, llegó la Mora, que lo servia en la carcel, y comenzóle a confortar. Deciale, esforzado señor Don Gonzalo, dexad de llorar, y de haver pesar de vos, que yo soi muger, y tuve doce hijos Caballeros, y a todos me los mataron en un dia en la batalla, empero no me dexé de confortar por esso, y soi muger, y esfuerçé, y no me doi por ello nada, quanto mas vos que Caballero, que por vos llorar mucho por vuestros hijos, lo podreis cobrar. Almanzor le dixo entouces: Gonzalo, yo he el gran duelo de ti por este quebranto, que te vino, y por donde yo te suelto de la prision donde estas, y te daré lo que huvieres menester, y las cabezas de tus hijos, si las quieres llevar, y vete en buen hora por tu tierra. Gonzalo

Bustos dixo: Almanzor, Dios vos agradezca el bien; y la merced, que me haceis. La Mora, que servia a Gonzalo Bustos, sacolo a parte entonces, y dixole: Don Gonzalo, ya sabes como estoi de vos preñada, y ruegoos, que me digades, que tenedes por bien que haga yo en ello. El dixo: Si fuere varon, lo has de dar a criar a dos Amas, y despues que tuere de edad, que entendiere bien, y mal, les has de decir como es mi hijo, y me lo has de enviar a Salas. Luego que esto le dixo, tomó una fortija de oro, que el traia en el dedo, y la partiò por medio, y la diò a ella la mitad, que tuviess. en señal, y dixola: Esta media fortija guardadla bien aora; y despues que este niño fuere criado, me le has de enviar, y se la has de dar, para que la lleve consigo, por que yo le conozca por ella. Despues que esto hubo hablado Don Gonzalo, despidiòse de Almanzor, y de todos los otros Moros honrados, que alli estaban, y de aquella Mora, y fuesse para Salas: y luego que D. Gonzalo se fuè, la Mora que os diximos, despues a pocos dias partiò un hijo. Almanzor lo diò a criar a dos Amas, y pùtole por nombre Mudarra Gonzalez.

En el catorceno año del reinado del Rey Don Bermudo, que fue en la Era de mil y trescientos años, y de la Encarnacion de Nuestro Señor J. su Christo de novecientos y setenta y cinco años, cumplò Mudarra Gonzalez diez y seis, è hizole Caballero Almanzor, porque lo amaba mucho, y porque lo via buen doncel, y de buen seso, y hombre de recaudo, de buenas maneras, y mucho esfuerzo, que el dia que le armò Caballero Almanzor, armò tambien doscientos Caballeros, los quales eran parientes de Mudarra Gonzalez, por suyos que lo guardassen, y lo siguiesen como a señor. Este Mudarra Gonzalez salì tan buen caballero, y tan esforzado, que faciendo a Almanzor, no lo otrò mejòr en todos los Moros, y sabia mui bien, como su madre estava preso, y sufiera mucha laceria en la prission, y sus hermanos, otro si, fueran muertos a traicion, que su madre lo informò de todo ello, y le diò la media fortija, que el Padre la dexara en señal, porque con ella lo conociesse. Entonces le siguiò mui bien, y dixo a su Medre, que queria saber de su Padre, si era vivo, è no; y que si vivo lo hallasse, que

èl volveria por ella; si ella quisiese ir con èl; y luego se despidió de ella, y se fue para el Rey Almanzor, y dixole esta misma razon, y que queria ir a saber de su Padre, si èl lo tuviese por bien. Almanzor le dixo, que le placia, y que fuesse en buena ventura. Entonces se despidió de èl, y de todos los otros Moros honrados, y se fueron sus Caballeros, los quales le havia dado Almanzor. Despues que Mudarra Gonzalez llegó a Salas, preguntò por Gonzalo Bastos, si estaba alli. Don Gonzalo quando viò tantos buenos Caballeros, preguntò quien eran? Mudarra Gonzalez le dixo entonces: Don Gonzalo yo soi vuestro hijo, y naci en Cordoba; y porque sepas si es asì, catad aqui la mitad de la fortija, que vos disteis à mi Madre en señal. Don Gonzalo quando viò la media fortija, luego conociò como era su hijo, y plugòle mucho de corazon, y fue mui alegre con èl: despues de esto pocos dias, dixo Mudarra Gonzalez a su Padre Don Gonzalo: Yo vine aqui por saber de vos, como era vuestra hacienda, y por vengar, otro si, vuestra deshonra, y la muerte de mis hermanos los siete Infantes; pues era verdad, menester es que no prolonguemos mucho este pleito. Entonces cavalgaron todos, y fueronse para Burgos, donde a la fazon se hallò el Conde Garcí Fernandez, y Ruy Velazquez con èl. Mudarra Gonzalez luego que llegó, y le enseñaron a Ruy Velazquez, desafiòle ante el Conde Garcí Fernandez, llamandole alevoso a Dios, y a su Tierra. Ruy Velazquez le dijo que le daba nada por su desafío. Mudarra Gonzalez se puso mui grande pesar de esto, y arremetiò a èl, por le dar con el brazo; mas el Conde Garcí Fernandez le trayò del brazo, y dexò hacer, è hizòle dar treguas por tres dias, que no pudiese con Mudarra Gonzalez. Entonces se despidieron todos del Conde, se fueron para sus Lugares: pero no se fue esse dia Ruy Velazquez, porque no osò salir de Burgos; y otro dia salió dende, y se fue para Babardillo; mas no llegó esse dia alla, que era pero la noche por ir mas encubierto: pero Mudarra Gonzalez no dormia, que lo estaba esperando a las puertas de èl, y quando fue otro dia por la mañana, passando Ruy Velazquez por aquel lugar Mudarra Gonzalez lo viò, y dixole: Ha Don traidor, que ahora pagareis toda la traicion, que teneis hecha,

Don

Don alvefo: y esto dicho, dexòse ir a èl, tomòle, è hizole en vida pedazos bien pequeños, y despues mandò matar a todos quantos con èl venian, y no perdonò a ninguno. Y despues de alli a poco tiempo murió el Conde Garcí Gonzalez, y luego Mudarra Gonzalez prendió a Doña Lambra, è hizola quemar, esto porque mientras el Conde era vivo se lo rogò, por quanto era su paciente. Aora sabed, los que esta Historia oyerdes leer, que quando Mudarra Gonzalez llegó a Salas, que vino de Cordoba, que su Padre le hizo baptizar, y a todos los que con èl vinieron, porque lo demandaron todos, pues Mudarra Gonzalez se torna: **ba Christiano**, ellos lo querian ser, y despues quanto **viviò fue un buen Caballero**, y mui **esforzado**, è hizo muchas buenas **cosas de armas**.

LAUS DEO.







